

**DIOS NO   
BAJA A LOS  
INFIERNOS**  
**LUIS ALEIXANDRE GIMÉNEZ**



  
**UNARIA**  
EDICIONES

Primera edición: octubre 2021

**Textos**

Luis Aleixandre Giménez

**Foto del autor**

Joakin Iriarte

**Diseño**

Akane Studio

**Edita**

Unaria ediciones

[www.unariaediciones.com](http://www.unariaediciones.com)

[hola@unariaediciones.com](mailto:hola@unariaediciones.com)

**ISBN**

978-84-123658-1-8

**Depósito legal**

CS 584-2021

© De los textos: sus autores

© De las imágenes: sus autores

© De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

*A los que creen en mí  
o lo han hecho alguna vez.  
A ti, que tienes esta novela en las manos  
porque eso es, ni más ni menos, creer en mí.*



<b>PRÓLOGO</b> .....	15
<b>CAPÍTULO 1</b> .....	21
<b>CAPÍTULO 2</b> .....	55
<b>CAPÍTULO 3</b> .....	73
<b>CAPÍTULO 4</b> .....	101
<b>CAPÍTULO 5</b> .....	151
<b>CAPÍTULO 6</b> .....	179
<b>CAPÍTULO 7</b> .....	211
<b>CAPÍTULO 8</b> .....	257
<b>CAPÍTULO 9</b> .....	291
<b>AGRADECIMIENTOS</b> .....	323



«Todas las hojas son del viento,  
ya que las mueve hasta en la muerte.  
Todas las hojas son del viento...».

**Luis Alberto Spinetta**  
(Pescado rabioso – *Artaud* - 1973)





## PRÓLOGO

### Seis años atrás

Su sonrisa inocente dejaba entrever unos dientes blancos que resaltaban sobre su piel canela. Sus pequeños zapatos brincaban sobre el pasillo del colegio. La mochila de su espalda oscilaba al ritmo del trote y su pelo, negro y rizado, casi africano, permanecía firmemente anudado en dos coletas laterales. Su mirada infantil y despreocupada estaba fija en la puerta abierta tras la cual los padres esperaban a sus hijos.

Cuando Bea llegó al inicio de los escalones de entrada saltó con fuerza y fue a parar a los brazos de su madre.

—¡Mamááá!

—¡Hola, cariño!

Nathalie la volteó en el aire antes de dejarla con mimo en el suelo.

—¡Tienes que darme más vueltas! —dijo la pequeña con un mohín fingido—. El papá me gira, lo menos, tres veces.

—Lo sé, pero el papá está muy fuerte y yo apenas puedo contigo. Y menos si vas cargada con todos esos libros. Además... ¿qué tienes?, ¿diez años ya? Eres demasiado mayor para estas cosas.

—Tengo casi seis, mamá. ¡No me engañes! —dijo con semblante serio y con el dedo índice de su manita apuntándola—. Tengo la edad perfecta. Y ya sabes que me gusta.

La miró con una sonrisa de complicidad y se agachó para abrazar a su hija.

—Te quiero —le susurró al oído.

La tutora de Bea, con gesto divertido, observaba la escena apoyada en el marco de la puerta y con las manos metidas en los bolsillos de la bata.

—Siento haber llegado tarde. Tenía que venir mi marido a recogerla, pero se le han complicado las cosas y me ha avisado a última hora.

—No se preocupe. El trabajo de policía tiene esos inconvenientes, supongo... —respondió la profesora quitándole hierro al asunto—. Hasta mañana.

Madre e hija se dirigieron al *parking* cogidas de la mano.

—¿Sabes qué, mami?

—Dime, mi amor.

—Hoy hemos aprendido una canción en clase. ¿Sabes cómo se llama?

—No lo sé, pero estás a punto de decírmelo, ¿verdad?

—Se titula: *A mi burro le duele la cabeza*. ¿Quieres que te la cante?

Nathalie abrió la puerta trasera del vehículo y sentó a su hija en la sillita mientras entonaba las primeras estrofas de la canción del burrito que fue a urgencias. Bea no dejaba de mover los bracitos mientras entonaba los primeros compases de la canción. El cierre de las correas de seguridad le volvía a dar problemas. Hacía semanas que le costaba horrores abrochar los pequeños

cinturones de la silla de seguridad, algo se había torcido en el mecanismo.

«De esta semana no pasa, nos desharemos de ella y compraremos una nueva», se dijo.

♪ *A mi burro, a mi burro le duele la cabeza y el médico le manda una gorrita gruesa...*

Puso el motor en marcha y salió de la zona ajardinada del centro educativo. Se incorporó al vial de acceso a la ciudad de Vila-real y divisó una gasolinera. Entonces cayó en la cuenta de que no podía ignorar durante más tiempo la dichosa lucecita roja que parpadeaba en el panel de su coche.

♪ *A mi burro, a mi burro le duelen las orejas y el médico le manda que las ponga muy tiesas...*

Detuvo el vehículo frente a un surtidor. Accionó la palanca de abrir la tapa del depósito de combustible y salió del coche. Embocó la manguera y llenó el depósito. Se asomó al interior de la cabina para decirle a su hija que volvía en un instante, pero ella seguía cantando.

♪ *A mi burro, a mi burro le duele la garganta y el médico le manda una bufanda blanca...*

Entró en la tienda y por la cristalera pudo distinguir cómo Bea movía sus bracitos dentro del coche. Sonrió al imaginarla entonando su nueva canción. No había ningún vehículo más en la gasolinera. El encargado pasó la tarjeta por el lector y tecleó durante unos instantes. Ella fijó la vista sobre una de las estanterías y cogió un libro. Había leído algunos artículos en la prensa que ensalzaban la calidad literaria de Carlos Ruiz-Zafón.

—Me lo llevo también. ¿Lo puede cobrar todo junto, por favor?

Mientras el operario rehacía las cuentas giró instintivamente su cabeza hacia el ventanal y lo que vio le quitó la respiración. Un individuo acababa de abrir la puerta del conductor de su Honda Civic y se colaba dentro.

No tardó ni un solo un segundo en reaccionar. Salió gritando de la pequeña tienda y corrió hacia el automóvil, que en ese momento ponía en marcha el motor.

Seis metros.

Tres metros.

Un metro.

El conductor hizo derrapar las ruedas y el coche salió disparado en el instante en el que estuvo a punto de asir el tirador de la puerta trasera.

A través del cristal de la ventanilla pudo escuchar la voz apagada de su hija.

♪ *A mi burro, a mi burro le duele el corazón y el médico le manda jarabe de limón...*

Nathalie gritó al conductor que detuviera el vehículo. Unos ojos, que ocupan el centro del espejo retrovisor, la miraban mientras el coche ganaba velocidad, pero ella no dejó de correr tras su niña. El automóvil se incorporó a toda velocidad a la carretera que une Vila-real con Burriana, pero algo se torció en ese instante: el Civic comenzó a zigzaguear ostensiblemente sin reducir la velocidad.

—No, no, no, no... —suplicó aterrada.

El coche se salió de la calzada y acabó estrellándose contra el poste metálico de un gran letrero que anunciaba baldosas cerámicas. El estruendo del golpe horrorizó a Nathalie, que no detuvo su carrera. Se encontraba a trescientos metros del lugar del accidente. A cada zancada se maldecía por haber dejado las llaves puestas en el contacto. Pese a las lágrimas que inundaban sus ojos, pudo apreciar el fuego que salía del capó. En un abrir y cerrar de ojos, la columna de humo negro ascendió hasta sobrepasar con creces la altura del anuncio. Ni el dolor del pecho ni la falta de oxígeno en sus pulmones la detuvo. Llegó hasta la puerta trasera del Honda e intentó

abrirlo, pero no pudo. Estaba combada por el golpe y no cedía a sus esfuerzos.

Ya no había burritos enfermos, solo estridentes llantos de su hija que la miraba espantada desde el otro lado de la ventanilla. Las llamas se habían propagado por los plásticos del salpicadero. El conductor estaba inconsciente con el cuerpo aprisionado entre el airbag y el asiento. Las pulsaciones de Nathalie estaban disparadas. Necesitaba pensar. Golpeó el cristal de la puerta trasera con sus puños. No hizo efecto alguno. Buscó cerca del coche algún objeto con el que hacer añicos la ventanilla, pero no encontró ni una mísera piedra. Comenzó a desesperarse. El conductor empezó a gritar. El fuego quemaba sus piernas y subía por sus brazos. El habitáculo estaba lleno de humo. Su hija moriría asfixiada o abrasada si no hacía algo para evitarlo.

La impotencia se apoderó de ella.

—Mi niña no. Mi niña no. Dios, por favor, mi niña no...

Como salido de la nada, el operario de la gasolinera llegó a su lado con una papelería metálica en las manos. Al tercer golpe consiguió romper la ventanilla y una gran bola de humo salió por el agujero.

—Ya estoy aquí, cariño. Aguanta un poco. Mamá te sacará de ahí.

El fuego se propagaba consumiendo con avidez la tela y la espuma de los asientos. Nathalie actuó por instinto y metió la cabeza dentro del coche para liberar a su hija. Apenas veía y sus pulmones se llenaron al instante de humo sofocante. Bea gritaba con más intensidad. Las llamas habían prendido en sus pantalones y la pequeña pateaba con fuerza. Angustiada por lo que veía, se retiró unos pasos para llenar su pecho con aire limpio y se dispuso a intentarlo de nuevo, pero el hombre de la gasolinera la detuvo.

—Ya no puede hacer nada. Si vuelve a meterse ahí dentro, morirá.

Lo miró y sin decir palabra alguna se soltó con violencia e introdujo de nuevo parte de su cuerpo en el interior de la cabina. La temperatura era insoportable. Las manos de Bea agarraban los brazos de su madre entre chillidos agudos de dolor. Encontró el dispositivo que liberaba el cinturón de seguridad y lo presionó.

No funcionó.

«¡Maldita sea! ¡Putas sillita!».

El fuego subía por sus brazos, pero no pensaba dejar morir allí sola a su ángel. Tiró con fuerza de las correas, pero no cedieron y a cambio sintió la tortura insoportable de las dentelladas del incendio en su propio rostro. El sufrimiento era brutal. Bea ya no se movía, su pelo había desaparecido consumido por las llamas y su cuerpecito encendido permanecía inmóvil. Nathalie abrazó el torso abrasado de su hija y dejó de luchar. El magma que corría por sus venas no pudo fundir su última voluntad: permanecer con su pequeña.

La estúpida costumbre de dejar las llaves puestas en el contacto mientras recargaba combustible había resultado ser letal para ambas, y por eso no pensaba abandonar en ese momento a su niña. No solo porque le había privado de un futuro repleto de experiencias por vivir, sino por ser la culpable de haberle provocado una muerte atroz, por eso no estaba dispuesta a separarse de ella en ese último momento. Por eso y porque no quería vivir sin ella. Así que sufrió el extraordinario dolor de su propia carne quemada y decidió acompañarla en la muerte. Siguió abrazada al cuerpo en llamas de su niña mientras su último estertor, cargado de un insoportable sentimiento de culpabilidad, se mezcló con el humo y se elevó, convertido en una voluta gris, hacia el cielo de Vila-real.

## CAPÍTULO 1

«Con esta sangre alrededor  
no sé qué puedo mirar.  
La sangre ríe, idiota,  
como esta canción.  
¿Y ante quién?».

(Pescado rabioso – *Artaud* - 1973)

## 1.1 A las mujeres no se les golpea

La inspectora Jessica Ferrer tenía una ligera idea del desafío al que iba a enfrentarse en una cafetería de la calle Beato Juan el Grande de Valencia. En los bares puedes encontrar, cada vez en más ocasiones, raciones de violencia; aunque no estén reflejadas en el menú.

Tras acceder al local, se abrió paso entre los clientes hasta llegar a la barra, donde un camarero grueso y barrigón sujetaba con fuerza una porra de madera que lucía, en un lateral, la leyenda «paga o me descuelgo» grabada a fuego. Su mirada le informó del lugar donde radicaba el problema: en el fondo de la sala. Dos personas ocupaban una mesa y a su alrededor, vacío, como si una detonación hubiera desalojado el resto del comedor. Jessica sabía que esa fuerza poderosa se llamaba miedo.

El hombre sobre el que recaían las miradas no alcanzaba los cuarenta años. Pelo largo y rubio. Mechones grasientos. Cuello musculado. Chándal blanco, poco immaculado. Su corpulencia es de las que ayuda a que la onda expansiva sea de consideración. A su lado, y sujeta con firmeza por la muñeca, una mujer joven, que vestía uniforme de camarera, presentaba rojeces en el rostro. Un irregular reguerillo de sangre partía de la comisura de sus labios. Pero era la expresión de su rostro la que delataba el terror que sentía en ese momento.

Miedo inquietante.

Miedo presente.

Tras enseñar la placa al propietario del local, le pidió que le entregara un delantal y le pusiera dos vasos de cerveza en una bandeja. Jessica le indicó a su compañero que la cubriera y que bloqueara la salida.

—¿Cómo se llama la chica?



—Naty. La contraté la semana pasada, me ayuda a servir las comidas.

«¿Y por qué cojones aún no has hecho nada por ella?, solo tenías que descolgar a tu amiga. ¿O es que solo sirve para proteger tu dinero?», pensó la inspectora.

Jessica se ajustó el delantal, desabrochó los botones de su camisa que mantenían oculto su voluptuoso escote y, bandeja en mano, se dirigió hacia el escenario con naturalidad. Se detuvo junto a la mesa y se dirigió a la mujer.

—¡Naty, cariño! ¿Te encuentras bien?

El rubio desligó la atención de su víctima para centrarla en la nueva camarera. Su barba de varios días y las cejas enmarañadas atribuían a su mirada una perversidad notable. Jessica detectó al instante el movimiento nervioso y oscilante del conjunto del iris y pupila, propio de quien se encuentra colocado.

—¡Está ocupada! ¿Quién coño eres tú?

Jessica forzó la voz y se convirtió en una mujer ingenua. Angelical. Virginal.

—Todos me llaman Jessy y tú también puedes hacerlo. Naty y yo somos amigas y no quiero que lo pase mal, ¿sabes?

—Vete a tomar por culo, zorrита. Esto es una conversación privada.

La inspectora decidió colocar las cervezas sobre la mesa y con un movimiento calculado, se inclinó lo justo para que la mirada del tipo se diera de bruces contra el fondo de su escote. Efecto narcotizante.

—Te he traído una cerveza, y otra para mí. Si dejas que Naty vaya a pintarse un momentito al lavabo yo me sentaré contigo.

En un principio el rubio pareció desconcertado. Después, divertido. Su sonrisa dejó entrever una dentadura mal cuidada. Le atrajo la propuesta.

—¿Y qué gano yo con eso?